

PEDRO JUAN GUTIÉRREZ

Fabián y el caos



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada

Para mi amigo Fabio Hernández

1

2

3

4

5

Créditos

No sabía qué hacer. No sabía qué quería ni hacia dónde iba. Pero no podía detenerme. Creo que era lo único que tenía claro: no podía detenerme. Tenía que seguir caminando y atravesar la furia y el horror.

Pedro Juan en *El nido de la serpiente*

Señor, las criaturas que enviaste ya están aquí, aleteando
junto a mi cabeza.
Yo las sujeto por un hilo de sangre y temo que se rompa el
hilo...

DULCE MARÍA LOYNAZ,
Poemas sin nombre

Para mi amigo Fabio Hernández

Agradezco a mis amigos Ernán López Nussa, Pablo Milanés y Sinesio Rodríguez por sus atinados comentarios sobre música y piano.

1

Fabián empezó a escuchar la música del piano cuando aún era un feto flotando en el vientre de su madre. Día tras día. Nunca lo supo, pero aquellas canciones infantiles tan simples quedaron grabadas en el subconsciente para el resto de su vida.

Después, cuando nació, Lucía lo sostenía envuelto en pañales con la mano izquierda. Y con la derecha seguía practicando sobre el teclado. Ella no era pianista. Aporreaba el piano. Había estudiado un par de años y muy joven aún consiguió un trabajo de pianista en un kindergarten cerca de casa.

Era algo muy simple. Unos acordes básicos, para acompañar a los niños en sus canciones de siempre: «Los pollos de mi cazuela», «Arroz con leche se quiere casar», «En el coche de papá», «El patio de mi casa», «Noche de paz» y otras por el estilo. Era un trabajo feliz, apacible, repetitivo, y un salario de miseria, pero le daba igual. En esta vida no estaba destinada a tener grandes aventuras. Lo importante era no estar siempre en casa, aburrida.

Lucía había nacido en Madrid. Los primeros diecinueve años de su vida transcurrieron en una corrala, con sus padres. Era una corrala, simplemente, pero la madre evitaba esa palabra tan fea y decía siempre «un pisito interior», y ponía voz dulce para que sonara mejor. Eran dos habitaciones mínimas. Un piso pequeño, oscuro, mal ventilado y claustrofóbico. En el centro, cerca de la puerta de Toledo. El resto de su vida Lucía siempre recordó aquel lugar como el más frío y oscuro del mundo, absolutamente cerrado y con un aire recargado y pesado. Una mezcla de pies sucios,

ropa muy usada y poco lavada, y un aroma permanente a guisos y chorizo frito.

La madre era una mujer corpulenta, autoritaria y abrasiva. Una señora decidida y pragmática que al parecer jamás tuvo dudas. Hablaba con énfasis, tomaba decisiones y adelante, con una energía arrolladora. Fue soprano y había cantado en algunas zarzuelas durante unos pocos años. Entonces se enamoró perdidamente –bueno, no tan perdidamente, sólo se enamoró– de un hombrecillo pequeño, atildado y silencioso, con cara de eterno niño malcriado. Admirador incondicional de sus interpretaciones, le obsequiaba flores y bombones con delicadas tarjetas donde aparecían parejas de enamorados en medio de corazones rosados. En las tarjetas él sólo escribía, con lápiz y con una letra pésima: Para Carmela Atxaga, atentamente, de un admirador, B. R.

Fue amor a primera vista. Se hicieron novios enseguida. Ella, un poco sardónica, le llamaba BR en vez de llamarle Bernardo, que era su nombre. Bernardo Ramírez. Él por su parte siempre la llamó Carmela, que era su nombre artístico. Nunca por su verdadero nombre: Eustaquia. Él comenzó a visitarla en su casa. Visitas breves, formales y corteses. Después de dos visitas habló con el padre y pidió la mano. El padre no puso reparos porque aquel hombrecillo tímido, gris y alfeñique era cartero, así que tenía un salario asegurado de por vida. Y después de un año de noviazgo se casaron de un modo sencillo, sin aspavientos. Para evitar gastos hicieron sólo una ceremonia íntima a las ocho de la mañana, inmediatamente después de la misa de siete, en la iglesia de San Andrés.

La mujer dejó de trabajar. Bernardo se lo había pedido de antemano, y era natural. En la compañía de zarzuela no la echaron de menos. Al contrario. Se sintieron aliviados porque se quitaban de encima a una joven mandona y corrosiva, que iba por la vida dándoselas de chulita. Y como cantante no era gran cosa. Así que no se perdía nada. Ha-

bía decenas que podían hacer lo mismo y se comportarían con más educación. Carmela tenía un grupo de amigas. Se veían cada dos o tres días para darse buenos atracones de chocolate con churros y parlotear como cotorras. A ellas les confesó:

–Sí, he renunciado. BR no quiere que trabaje. Es muy educado, sólo me dijo: «Carmela, amor de mi vida, no deseo que sigas trabajando una vez que seas mi señora.» Lógico, me cuida mucho y no quiere que me falte nada. Además ya todo se está convirtiendo en revistas y varietés. Frivolidades. Ya no es igual que antes. No. Ahora quieren que una saque la pechuga. ¡Oh, no! Carmela Atxaga es una profesional, así que me alegro de haberme alejado de ese mundo. Ya no es igual, ohhh, ya no es igual que antes.

Formaban una pareja extraña. O curiosa. Él apenas le llegaba a la altura del pecho. Era menudo y de poca estatura. Mientras que ella era muy alta, corpulenta y fuerte, con grandes pechos, un culo duro y sobresaliente, unos brazos macizos. Manos grandes, pies grandes. Todo abundante. Y la mirada un poco perversa, o retorcida. En la cama él retozaba con aquella enorme cantidad de carne. Chupaba, besaba, exprimía, mordía, golpeaba y gozaba muchísimo. Ella se dejaba querer por aquel frágil osito de peluche que había capturado fácilmente. Esa sensación de que tenía un hombrecito de juguete entre sus manazas y restregándose contra sus enormes pechos la hacía tener orgasmos múltiples y suspirar de placer varias veces al día. Eran jóvenes y felices. Tan felices que en pocas semanas ella quedó preñada y a los nueve meses parió a Lucía. Recibió ese nombre porque nació el 13 de diciembre de 1905, día de festejos por la mártir católica.

Lucía no tuvo hermanos. En parte porque «Dios no ha querido», como ellos repetían, y en parte porque el aburrimiento les invadió y dejaron de tener un sexo tan loco y frecuente. También la relación cambió. De los mimos y besos continuos pasó a una relación de ordeno y mando por

parte de Carmela y obediencia a ciegas y sin chistar por parte de Bernardo. Se respiraba un aire de tensión, de recelo y tirantez. Nada relajado. Daba la impresión de que Bernardo siempre intentaba escabullir el bulto a su esposa dictatorial. Así que Lucía fue una válvula de escape. Hija única, mimada y consentida en todo, lo que incluía mamar de los enormes y abundantes pechos de su madre hasta los siete años. Claro, a escondidas. Eran cómplices. Carmela se sentaba en una butaca. Lucía se paraba al lado. La buena señora sacaba un pecho y Lucía chupaba un poco. Después iba por el otro lado y repetía. Un buen día la madre le dijo:

–Ya está bien. Tienes casi ocho años. Se acabó la teta.

–Pero mamá...

–Ahí no queda nada.

–¡Sí! Tienes leche. A mí me gusta.

–Me da igual. Ya está bien. Se acabó.

Lo que Lucía nunca supo era que ella mamaba varias veces al día mientras que su padre mamaba por la noche. Cuando se acostaban. Primero de una teta, después de la otra, mientras su mujer le daba afectuosas nalgaditas y le acariciaba los huevitos. Y así se dormían. La leche se le salía de la boca y corría como un hilillo tibio hasta la almohada. Siempre había un olor agrio y dulzón, cálido y maternal en aquella cama.

La vida transcurría sin sobresaltos. El salario de cartero alcanzaba a duras penas pero lo estiraban y seguían adelante. Lucía estudió piano y solfeo durante dos años. Hasta que abandonó las clases porque se acabó el dinero para pagarlas. La madre había vendido unos pendientes de oro y un anillo heredado de su abuelo. Después estudió algo –poco– de corte y confección. También abandonó antes de terminar. Los únicos paseos consistían en asistir a la misa de siete de la mañana los domingos, y a veces, en verano, iban a pasear y a tomar sol un par de horas por El Retiro. Y, por supuesto, la merienda del 15 de mayo, en la pradera, por la fiesta de San Isidro Labrador.

Lucía se aficionó a bordar. Para entretenerse y para sacar algún dinerito extra. Había aprendido sola. Bordados sencillos sobre manteles y servilletas. Logró que se los compraran en una tienda de mantelería, cercana, en la calle Toledo.

Un par de veces al mes pasaba por la tienda. Ya la conocían. Le daban un mantel y un juego de servilletas para que bordara y le pagaban el anterior, con la labor ya realizada. En una de esas visitas se encontró allí con un joven, Felipe. Era sobrino del dueño. Se miraron con interés. A Lucía le encantó. Hasta se le aceleró un poco el corazón. Pero tuvo el cuidado de no mirarlo directamente. A Felipe le pasó lo mismo. Era una joven muy bonita, educada y trabajadora. Se le veía por encima de la ropa que era muy comedida. A los quince días, cuando Lucía fue a llevar el mantel ya bordado, él se las arregló para atenderla. No era nada tímido. Todo lo contrario. Le preguntó su nombre, intercambiaron unas pocas palabras y eso fue todo. A los quince días de nuevo intercambiaron unas pocas palabras. Pero era pleno invierno y Felipe no sabía qué hacer para invitarla a salir. Sin pensar le preguntó:

—¿Le gustaría merendar conmigo? La invito a chocolate con churros. Aquí al lado. Con este frío viene bien un...

—No, yo a usted no le conozco. No sea atrevido.

—Yo sé que soy un atrevido, señorita. No me interprete mal. Sólo quiero ser agradable con usted. Es que no sé cómo..., si no le gusta el chocolate, puede tomar café, es igual...

Él tragó en seco, no sabía cómo seguir. Lucía bajó la vista al piso pero lo que más anhelaba era que él insistiera. Se quedaron en silencio medio minuto. Él no se atrevió a insistir y ella se fue, con los cachetes colorados, pero riéndose por dentro, de puro nervio.

Quince días después ella llegó de nuevo con su encargo. Ahora él la esperaba y había pensado bien lo que tenía que decir. Volvió a la carga:

–Me llamo Felipe Cugat y soy sobrino del dueño. Disculpe el malentendido de días atrás. Es que... estoy solo en Madrid. No me interprete mal, no soy un fresco. Pero me gustaría hablar con usted. No hay malas intenciones. Yo soy un hombre honrado.

Ella tímidamente le dijo:

–Acepto sus disculpas. Puede visitarme en mi casa.

Y unos días después visitó su casa para conocer y saludar a los padres. Lucía tenía dieciocho años. Felipe veintinueve. Era de un pueblo de cerca de Barcelona y tenía la idea de trabajar un tiempo en la tienda con su tío de Madrid y aprender el oficio. Después de algunas visitas habló de nuevo con el padre de ella y pidió su mano. Con ella se franqueó:

–Si todo sale bien, me voy a Cuba el año próximo. No se lo cuentes a tus padres. Ni a nadie. Es un secreto.

–¿Te irías solo? ¿Me dejarías abandonada?

–No quise decir eso. Nos vamos. Los dos, claro. Siempre juntos. Pero no lo puedes comentar con nadie. Es un secreto nuestro. Tengo un tío en Cuba. No tiene hijos y me ha escrito que si quiero ir me puede dar trabajo en su tienda de tejidos.

Lucía nunca tomó en serio esa idea. Pensó que era algo descabellado y se le olvidaría. Así que prepararon la boda. La madre de ella quería que también se casaran en la iglesia de San Andrés, pero Lucía, desde niña, era muy devota de la Virgen de La Paloma. Hicieron una ceremonia muy sencilla en la iglesia de la Virgen de La Paloma. La noche de bodas la pasaron en un pequeño piso que Felipe había alquilado. Y fue un lío. Lucía era muy estrecha. Felipe bien dotado y con poca experiencia en esto de mujeres. Sólo había ido unas cuantas veces de putas. Lucía no tenía ni idea de qué había que hacer. Suponía algo, pero no sabía exactamente cómo era. Se asustó muchísimo cuando se enteró de que aquel instrumento tan duro y brutal tenía que penetrarla. No pudieron. A la segunda noche se aterró, ce-

rró las piernas con fuerza y no quiso saber nada de aquello. Durmieron mal. Felipe con una erección de burro que le duró toda la noche sin ceder. Ya le dolía. La tercera noche lo intentaron de nuevo. Felipe, pragmático y paciente, se untó el miembro con aceite de oliva. Y embarró aceite también entre los labios vaginales de su mujer. Y entonces todo fue sobre ruedas. Lucía gritó del dolor y manchó con abundante sangre las sábanas y la colchoneta. Y se sintió orgullosa y feliz de haber consumado el matrimonio como Dios manda.

Felipe le pidió que evitaran los hijos porque él quería que se fueran a Cuba sin mayores impedimentos. Y todo salió bien. Muchos lo hacían. Se iban a Cuba. Los indianos. Unos años después regresaban con una fortuna. Casi todos tenían tíos y parientes ya asentados en la isla. Felipe lo preparó todo discretamente. En el invierno de 1926, exactamente el día de Pascua, 25 de diciembre, viajaron a Cádiz para embarcar, bajo la nevada más copiosa que España conocería en el siglo xx. En Cádiz, insólitamente, la nieve llegaba a las pantorrillas. Unos días antes Lucía había cumplido veintiún años. Zarparon al amanecer del 26, bajo la nevada.

Desembarcaron del vapor *Lucania* en el puerto de La Habana después de doce días de navegación desapacible por el Atlántico. Aunque ellos no se marearon y tocaron tierra con una especial sensación de felicidad y seguridad en sí mismos. Todo había sido fácil. El tío de Felipe tenía unos almacenes de tejidos en Matanzas. Y prefería tener al sobrino empleado antes que a un cubano que le podía robar. Así que pagó los dos boletos del barco, en tercera clase preferente, y dejó claro que le descontaría diez por ciento del salario hasta que pagara su deuda.

—Aquí no se regala nada, eh. Todo hay que ganárselo. Con trabajo duro.

Era la expresión preferida del tío, que también había dejado el pueblo muy jovencito y se abrió paso en la vida tra-

bajando sin descanso y ahorrando cada monedita. Consideraba la frugalidad y el ahorro las virtudes más importantes en una persona. Todo lo demás eran tonterías y romanticismo. Jamás había gastado un centavo en renovar o pintar la tienda. En la fachada había un antiguo letrero, pintado sobre madera, descascarillado y desteñido: *Camisería Cugat. Tejidos de calidad. Importaciones.*

Les gustó el país. Había una temperatura muy agradable y todo se mantenía verde. A los árboles no se les caían las hojas. No se conocía la calefacción. Y se usaba ropa ligera todo el año. Los cubanos tiritaban de frío aunque apenas había dieciséis grados por la noche, ya que era invierno. Un invierno de mentiritas. Ellos se burlaban. Les parecía cómico. En pocos días se organizaron en Matanzas. Alquilaron una casa grande y fresca, pero económica, en el barrio de Pueblo Nuevo. Una calle tranquila, con poco tráfico. Felipe tenía que caminar rápido media hora para ir y venir de su trabajo, ubicado en la zona comercial, en el centro, frente a la catedral. Así se ahorra las monedas del tranvía.

Todo fue sencillo y agradable: el cambio de Madrid a Matanzas, del frío al calor, de una casa diminuta, cerrada y gélida a otra amplia, luminosa, abierta, con un patio donde florecía un jazmín, un galán de noche y una picuala que desprendía olor a manzana. Las fragancias de los tres arbustos, siempre florecidos, se mezclaban incesantemente. Lucía ni siquiera echaba de menos a sus padres. Desde que se casó, sólo los veía una vez a la semana: los domingos, cuando ella y Felipe los visitaban para comer juntos. Era una visita formal y aburrida de tres horas. Y nada más. A Felipe le molestaba la obsesión enfermiza de Bernardo. Cuando Felipe cogía la aceitera, Bernardo enseguida le reprendía:

–¡Cuidado con la gotita, eh! ¡Cuidado con la gotita!

Aludía a que se podía manchar el mantel. Pero Felipe, impertérrito, respondía:

–Sí, ya sé, no se preocupe, señor Ramírez, no se preocu-

pe por la gotita.

La verdad es que Lucía se sintió mucho mejor cuando se casó y pasó a vivir en su propio piso con Felipe. Alejada de Carmela y Bernardo. Pero ahora, en aquel barrio de Matanzas, en aquella casa grande y silenciosa, con techo de tejas y olor intenso a flores tropicales, se sentía más reconfortada aún.

Es decir, Lucía no echaba de menos a sus padres. En el barco había comprado dos tarjetas postales coloreadas que mostraban al *Lucania* surcando el océano. Al llegar a Matanzas envió una a sus padres y guardó la otra como recuerdo. Después les escribió unas pocas veces. Cartas breves, sin detalles, cartas de compromiso. No les echaba de menos, aunque su espíritu simple y ordenado, básicamente ingenuo, no percibía conscientemente que jamás los había querido. Entre sus padres y ella siempre predominó una enrarecida atmósfera de separación. Nunca existió intimidad. Tres extraños bajo el mismo techo. Su madre siempre intentó dominarla, como dominaba a su marido, pero nunca lo logró. Lucía tenía sus criterios propios en todo y no se dejaba amedrentar fácilmente. Aunque su carácter tan suave y cándido la hiciera parecer endeble, siempre estaba alerta porque adivinaba las intenciones controladoras de su madre. En esa lucha interna fue construyendo lentamente un muro de separación. Inconscientemente. Sus padres eran sus padres y ella era Lucía. Había un muro alto, sólido, invisible, entre ellos.

Ahora que vivía tan lejos, simplemente era feliz de no tener que mantenerse siempre a la defensiva. Intuía que jamás regresaría a España y que jamás vería a sus padres. Pero eso no le inquietaba lo más mínimo. Le gustaba estar sola en aquella casa todo el día. Era su dominio, un lugar silencioso y agradable. Con mucha luz y buenos olores. ¿Qué más podía pedir? Se aficionó a escuchar un par de novelas en la radio. Eran novelones de enredos amorosos, muy intensos y dramáticos. Estaban de moda. Toda una novedad

en su vida. La hacían soñar a veces con una vida más agitada. Pero enseguida le atemorizaba esa posibilidad. No quería llevar una vida más agitada. Todo lo contrario. Una vida agitada significaba una vida de pecado y desvío del camino cristiano. «Perdóname, Dios mío, es un pecado pensar así.» Entonces dejaba de oír por unos días aquellos novelones atormentadores. Y rezaba para lavar sus culpas. Tenía un pequeño altar con una reproducción diminuta pero eficaz de la Virgen de La Paloma. Oraba y pedía perdón. Se sentía bien porque sus plegarias eran escuchadas siempre. Entonces volvía a las novelas.

Felipe compró un tablero de ouija durante un viaje que hizo a La Habana para sacar de la aduana del puerto un lote de tejidos enviados desde Madrid. Y se aficionaron a jugar con aquello cada noche. Después de cenar temprano, escuchaban en la radio un programa de danzones. Sólo danzones tocados al piano por un músico matancero. Era hermoso y sedante. Y después la ouija. Y a dormir temprano.

Desde la primera noche en la ouija aparecieron dos espíritus que se manifestaban y respondían a todas las preguntas que ellos formulaban. En poco tiempo comprendieron que el espíritu afín a Lucía era un médico de Barcelona que había muerto dos años antes en un accidente automovilístico: Xavier Puigmitjà. El otro hacía migas con Felipe, era un árabe, se hacía llamar Quim Ar Rahib. Siempre andaba montado en un caballo alazán corriendo por el desierto. Puigmitjà era pacífico, paciente, nunca tenía prisa y respondía a todo lo que se le preguntaba. Quim Ar Rahib, todo lo contrario. Era un guerrero inquieto, siempre apresurado, evadía muchas preguntas o simplemente hacía mutis y desaparecía sin despedirse.

Siguieron toda la vida en contacto con aquellos espíritus errantes, al extremo de que se consideraban amigos. En la práctica eran los únicos amigos que tenían en Cuba. Ante cada disyuntiva, ante cada duda, acudían a la ouija con la

esperanza de que Puigmitjà o Quim aparecieran y respondieran sus preguntas. Las respuestas siempre eran claras, exactas e implacables. Felipe, meticoloso, llevador de cuentas, desde el principio dedicó una libreta para anotar cada noche, minuciosamente, los detalles de la sesión. Las preguntas y respuestas. Con los años fueron muchas libretas y cientos de páginas.

La única inquietud de Lucía era que quería tener un hijo. Se sentía muy sola. Todo el día metida en casa, apenas con los quehaceres domésticos. Cada vez que promovía el tema, Felipe le respondía:

–Todavía no es el momento de tener un hijo. Es muy caro. Primero tenemos que establecernos. Así que paciencia.

–Pero...

–Nada de peros. Todo llega en su momento.

Felipe tenía un método infalible para evitar los bebés: siempre que hacía el amor con Lucía salía a tiempo para eyacular sobre su vientre. Lo hizo así desde aquella memorable tercera noche de bodas, cuando al fin consumaron el matrimonio gracias al aceite de oliva. Ni una sola vez eyaculó dentro. Lucía creía que eso era lo normal. Nunca comprendió por qué no salía preñada si tenían sexo cada dos o tres días.

Eran muy seriecitos en la cama. Nada de juegos. El sexo sólo para la reproducción y no para solaz. Era lo que siempre habían escuchado en la iglesia. Felipe asumía la iniciativa. Tocaba un poco el cuerpo de su mujer, sobre todo los pechos. Se besaban. Tenía una erección. Usaba la posición del misionero. Dos o tres minutos era suficiente. Eyaculaba en el vientre de ella, que tenía que ir al baño a lavarse, y cuando regresaba ya él dormía plácidamente. Eso era todo. Por supuesto, Lucía jamás en su vida sintió un orgasmo. Ni una sola vez. Pero no sufría porque no sabía nada, absolutamente nada, sobre ese tema. Es más: desconocía totalmente las palabras *orgasmo*, *clítoris*, *labios vaginales*, *eyaculación*, *glande*, *sexo oral*, etc. No es que desconociera